



II

**L**A señora de Dambreuse, en su tocador, entre su sobrina y miss John, oía hablar al Sr. Roque de sus fatigas militares.

Mordíase ella los labios y parecía sufrir.

—¡Oh! Esto no es nada, se pasará.

Y con aire agradable, añadió:

—Tendremos á comer á uno de los conocidos de usted, al Sr. Moreau.

Luisa se estremeció:

—Algunos íntimos más; Alfredo de Cisy, entre ellos.

Y elogió sus maneras, su figura, y principalmente sus costumbres.

La señora de Dambreuse mentía menos de lo que creía; porque el vizconde soñaba con el matrimonio. Lo había dicho á Martinon, agregando que estaba seguro de agradar á la señorita Cecilia, y que sus parientes le aceptarían.

Para arriesgar tal confianza, debía tener acerca de la dote favorables noticias. Ahora bien; Martinon sospechaba que Cecilia era hija natural del Sr. Dambreuse; y habría sido, probablemente, muy fuerte el pedir su mano á todo evento. Aquella audacia ofrecía sus peligros; por lo cual Martinon, hasta el presente, se había conducido de manera que no le comprometiese; además, no había cómo desembarazarse de la tía. Las frases de Cisy le decidieron; hizo su demanda al banquero, el cual, no viendo en ello obstáculo, acababa de prevenir á la señora de Dambreuse.

Cisy llegó. Levantóse ella y dijo:

—Nos tiene usted olvidados... Cecilia *shake hands*.

En aquel mismo momento entró Federico.

—¡Ah! Por fin le encuentro á usted.—exclamó el tío Roque. Tres veces he estado en su casa Luisa esta semana.

Federico les había evitado cuidadosamente; alegó que pasaba todos los días junto á un camarada herido. Además, desde hacía mucho tiempo había tenido un montón de cosas que

hacer, y buscaba historias. Felizmente llegaron los convidados: primero el Sr. de Grémonville, el diplomático visto apenas en el baile; luego Fumichon, aquel industrial, cuyo apasionamiento conservador le había escandalizado una noche; la vieja duquesa de Montreuil-Nantua les seguía.

Pero dos veces se oyeron en la antesala.

—Estoy segura—decía una.

—Querida señora, simpática señora mía—contestaba la otra; por favor, tranquilícese usted.

Era el Sr. de Nonancourt, viejo verde, con aire momificado en cold-cream, y la señora de Larsillois, esposa de un gobernador de Luis Felipe.

Temblaba ésta extremadamente, porque había oído, hacía un instante, en un órgano, una polka que era una señal entre los insurrectos. Muchos burgueses tenían preocupaciones semejantes; creían que algunos hombres, en las Catacumbas, iban á destruir el barrio de Saint-Germain; escapábanse ciertos rumores de las cuevas; pasaban en las ventanas cosas sospechosas.

Todo el mundo se apresuró, sin embargo, á tranquilizar á la señora á Larsillois. El orden quedó restablecido; nada había que temer. «Cauaignac nos ha salvado.» Como si los horrores de la insurrección no hubiesen sido suficientemente numerosos,

se les exageraba. Había habido veintitresmil presidiarios del lado de los socialistas; ni uno menos.

No se dudaba de manera alguna, en cuanto á los víveres envenenados, los *móviles* aserrados entre dos tablas y las banderas con letreros pidiendo el incendio y el pillaje.

—Y algo más—añadió la exgobernadora.

—¡Ah, querida amiga!—dijo pudorosamente la señora de Dambreuse, designando con la vista á las tres señoritas.

El Sr. Dambreuse salió de su gabinete con Martinon y ella volvió la cabeza contestando al saludo de Pellerin que adelantaba. El artista miraba inquieto las paredes. El banquero lo llamó aparte y le hizo comprender que había debido, por el momento, esconder su lienzo revolucionario.

—Indudablemente—dijo Pellerin, que por su fracaso en el Club de la Inteligencia modificó sus opiniones.

El Sr. Dambreuse deslizó delicadamente que le encargaría otros trabajos.

—Pero, perdone usted... ¡Ah, querido amigo, qué suertel

Arnoux y su señora se hallaban delante de Federico.

Pasó por él un vértigo. Rosanette con su admiración por los soldados, le había mortificado

toda la tarde y su antiguo amor despertó.

El jefe de comedor anunció que la señora estaba servida. Con una mirada ordenó al vizconde que tomara el brazo de Cecilia, dijo á Martinon muy por lo bajo: «¡Miserable!» y entraron en el comedor.

Debajo de las hojas verdes de una piña, en el centro del mantel, se extendía una dorada, con la boca dirigida hacia un cuarto de corzo, y tocando con su cola un montón de cangrejos. Higos, enormes cerezas, peras y uvas (primores del cultivo parisien) formaban pirámides en vasos de viejo Sajonia; un ramo de flores, á trechos, se mezclaba con la limpia plata; los estores de blanca seda echados, cubriendo las ventanas, daban á la habitación el tono de una suave claridad, refrescada por dos fuentes en que había trozos de hielo. Grandes criados de calzón corto servían la mesa. Todo aquello parecía mejor, después de la emoción de los pasados días. Entraban en el goce de las cosas que se temió perder, y Nonancourt expuso el sentimiento general diciendo:

—Esperamos que los señores republicanos nos permitirán comer.

—A pesar de su fraternidad—añadió irónicamente el tío Roque.

Aquellas dos respetables personas estaban á la derecha y á la izquierda de la señora de Dam-

breuse, que tenía enfrente á su marido, entre la señora Larsillois, al lado de la que seguían el diplomático y la vieja duquesa, codeándose con Fumichon. Después, el pintor, el comerciante de porcelanas, la señorita Luisa, y gracias á Martinon que le había quitado su sitio para ponerse cerca de Cecilia, Federico se encontraba al lado de la señora de Arnoux.

Llevaba un traje de *bareg* negro, un anillo de oro en la muñeca, y como el primer día en que Federico había comido en su casa, algo encarnado en el pelo, una rama de físcia retorcida en el moño. No pudo menos de decirle:

--Mucho tiempo hace que no nos vemos.

—¡Ah!—contestó ella con frialdad.

Él repuso con una dulzura de voz que atenúa la impertinencia de la pregunta:

—¿Ha pensado usted alguna vez en mí?

—¿Por qué había de pensar?

Federico se sintió herido por aquella frase.

—Quizás tenga usted razón después de todo.

Pero arrepintiéndose en el acto, juró que ni un solo día había vivido sin hallarse dominado por su recuerdo.

—No creo absolutamente nada de eso, caballero.

—Sin embargo, usted sabe que la amo.

La señora de Arnoux no respondió.

—Sabe usted que yo la amo.

Ella seguía callando.

—Vete á paseo—se dijo Federico.

Y alzando los ojos vió al otro extremo de la mesa á la señorita Roque, que había creído de buen gusto vestirse todo verde, color que groseramente rechazaba el tono de sus cabellos rojos. La hebilla de su cinturón era demasiado alta, su collar la molestaba; aquella falta de elegancia había contribuído indudablemente á la fría acogida de Federico. Observábale ella desde lejos con curiosidad, y Arnoux, junto á ella prodigaba las galanterías sin conseguir sacarle tres palabras hasta tal punto, que, rehusando agrandar escuchó la conversación, que rodaba por entonces sobre los puvés de piña del Luxemburgo.

Luis Blanc, según Fumichon, poseía un hotel en la calle de Santo Domingo y rehusaba alquilar á los obreros.

—Lo que yo encuentro singular—dijo Nonancourt—es que Ledru-Rollín cace en los dominios de la Corona.

—Debe veinte mil pesetas á un platero—añadió Cisy—y hasta se dice...

La señora de Dambreuse le detuvo.

—¡Qué feo es eso de sofocarse por la política. Un joven ¡ah! ocúpese usted mejor de su vecina.

En seguida la gente seria atacó los periódicos.

cos. Arnoux tomó su defensa, Federico intervino llamando a las casas de comercio semejantes a las demás. Los escritores generalmente, eran imbéciles ó farsantes; manifestó que los conocía y combatió con sarcasmos los sentimientos generosos de su amigo. La señora de Arnoux no veía que era una venganza contra ella.

A todo esto, el vizconde se torturaba el entendimiento para conquistar a la señorita Cecilia. En primer lugar demostró gustos de artista censurando la forma de los garrafones y el grabado de los cuchillos. Después habló de su cuadro, de su sastre y de su camisero, y por fin abordó el capítulo de la religión y encontró modo de hacer entender que se cumplían todos sus deberes.

Martinon lo hacía mejor. Con monotonía, y mirándola continuamente, elogiaba su perfil de pájaro, su desmañada cabellera rubia, sus manos demasiado cortas. La fea joven se deleitaba con aquella avalancha de dulzuras.

Nada podía oírse por hablar todos muy alto.

El Sr. Roque quería para gobernar la Francia «un brazo de hierro». Nonancourt hasta se lamentó de que se hubiera abolido el cadalso político; debieran haber matado en masa a todos aquellos tunantes.

—Son hasta cobardes—dijo Fumichon.—No

veo la valentía de colocarse detrás de las barricadas.

—A propósito; háblenos usted de Dussardier, exclamó el Sr. Dambreuse volviéndose hacia Federico.

El bravo dependiente era entonces un héroe, como Sallesse, los hermanos Jenson, la mujer Péquillet, etc.

Federico, sin hacerse de rogar, contó la historia de su amigo, de la que él obtuvo una especie de aureola.

Se llegó, muy naturalmente, a referir diversos rasgos de valor. Según el diplomático, no era difícil afrontar la muerte, como lo prueba los que se baten en duelo.

—Puede preguntarse al vizconde sobre eso—dijo Martinon.

El vizconde se puso rojo.

Los convidados le miraban, y Luisa, más asombrada que los demás, murmuró: «¿De qué se trata?»

—Que *arrió* ante Federico—contestó por lo bajo Arnoux.

—¿Sabe usted algo, señorita?—preguntó al punto Nonancourt, y trasmitió su respuesta a la señora de Dambreuse, que, inclinándose, un poco, se puso a mirar a Federico.

Martinon no esperó las preguntas de Cecilia; manifestándole que aquel asunto concernía a

una persona incalificable. La joven se hizo atrás en su asiento, como para huir del contacto de aquel libertino.

La concurrencia tomó de nuevo calor. Los grandes vinos de Burdeos circulaban, animábase la gente; Pellerin miraba con malos ojos á la revolución á causa del museo español definitivamente perdido. Eso era lo que más le affigía como pintor. A esa frase el Sr. Roque le interpeló:

—¿Sería usted el autor de un cuadro muy notable?...

—Quizás. ¿Cuál?

—Uno que representa á una señora en traje... á fé mía... un poco... ligero, con una bolsa y un pavo real detrás.

Federico á su vez se puso de color de púrpura.

Pellerin hacía como que no entendía.

—Con todo, es de usted seguramente; porque se vé escrito debajo el nombre de usted, y una línea en el marco declarando que es de la propiedad del Sr. Moreau.

Cierto día que el tío Roque y su hija le esperaban en su casa, habían visto el retrato de la Mariscalá.

El buen hombre hasta lo tomó por «un cuadro gótico.»

—No—dijo Pellerin brutalmente,—es un retrato de mujer.

Martinon añadió:

—De una mujer muy viva. ¿No es verdad, Cisy?

—No sé nada de eso.

—Yo creía que usted la conocía; pero desde el momento en que esto le molesta á usted, perdone.

Cisy bajó los ojos, demostrando por su confusión que había debido jugar un papel desagradable con ocasión de aquel retrato. En cuanto á Federico, el modelo era necesariamente su amante. Convicción que se formó inmediatamente y así lo manifestaban claramente las figuras de la asamblea.

—¡Cómo me mentía!—se dijo la señora de Arnoux.

—¡Por ella me ha abandonado!—pensó Luisa.

Federico se imaginó que aquellas dos historias podían comprometerle, y cuando se fueron al jardín dirigió sus reproches á Martinon.

El enamorado de la señorita Cecilia se le rió en las narices.

—Al contrario; eso te servirá; adelante.

¿Qué quería decir? Además, ¿por qué aquella benevolencia tan opuesta á su manera de ser acostumbrada? Sin explicarse nada, se fué hacia

el fondo donde las señoras se hallaban sentadas.

Los hombres de pie, y Pellerin en el centro, emitiendo sus ideas. Lo más favorable á las artes era una monarquía bien entendida. Los tiempos modernos le desagradaban «aunque no fuera más que por la guardia nacional»; echaba de menos la Edad Media; Luis XIV; el Sr. Roque le felicitó por sus opiniones, hasta confesando que detenían sus prejuicios contra los artistas.

Pero al momento se alejó de allí, atraído por la voz de Fumichon. Arnoux trataba de demostrar que hay dos clases de socialismo, uno bueno y otro malo. El industrial no veía esas diferencias, perdiendo la cabeza de cólera á la palabra propiedad.

—Es un derecho escrito en la naturaleza. Los niños defienden sus juguetes; todos los pueblos son de mi opinión, todos los animales; el león mismo, si pudiera hablar, se declararía propietario. Así, á mí, señores, que he empezado con 15.000 pesetas de capital, durante treinta años levantándome regularmente á las cuatro de la mañana; que he tenido dificultades de quinientos mil diablos para hacer mi fortuna, ¿me vendrán á sostener que no soy su dueño, que mi dinero no es mi dinero, que la propiedad, en fin, es un robo?

—Pero Proudhon..

—¡Déjeme usted en paz con su Proudhon! Si estuviera aquí, creo que lo extrangularía.

Y lo hubiera extrangulado; después de tomar los licores, sobre todo Fumichon no se conocía ya, y su rostro apoplético estaba próximo á estallar como un obús.

—Buenas tardes, Arnoux—dijo Hussonet que pasó de prisa por el césped.

Traía al Sr. Dambreuse la primera hoja de un folleto titulado *La Hidra*, en que el bohemio defendía los intereses de un círculo reaccionario, y como tal le presentó el banquero á sus copedes.

Hussonet les entretuvo sosteniendo, en primer lugar, que los comerciantes de sebo pagaban 392 pilletes para que gritaran todas las noches «luces, luces» después, bromeando con los principios del 89, la emancipación de los negros, los oradores de la izquierda; hasta se lanzó á hacer *Prudhomme sobre una barricada*, quizás por efecto de una sucia envidia contra aquellos burgueses que habían comido bien. El ataque agradó medianamente; sus caras se alargaron.

No era aquel momento de bromear, además; Nonancourt lo dijo, recordando la muerte de monseñor Affre y del general de Bréa. Sin cesar se traían á cuento, haciendo comentarios. El señor Roque declaró que la del arzobispo «era

de lo más sublime que podía darse;» Fumichon atribufa la palma al militar; y en vez de deplorar ambas muertes sencillamente, discutióse para saber cuál de las dos debía excitar la más fuerte indignación. Vino luego un segundo paralelo, el de Lamoricière y Cavaignac, exaltando á Cavaignac el Sr. Dambreuse, y Nonancourt á Lamoricière. Nadie en aquella reunión, excepto Arnoux, les había podido ver en acción; pero todos, á pesar de esto, formularon juicio irrevocable acerca de sus operaciones. Federico se recusó, confesando que no había tomado las armas.

El diplomático y el Sr. Dambreuse aprobaron con la cabeza. Con efecto, haber combatido el motín, era haber defendido la República.

El resultado, aunque favorable, la consolidaba, y desembarazados de los vencidos, se deseaba ahora desembarazarse de los vencedores.

Apenas estuvieron en el jardín, la señora de Dambreuse, llevándose á Cisy, le había reñido por su torpeza; cuando vió á Martinon le despidió, y quiso luego saber de su futuro sobrino, la causa de sus bromas contra el vizconde.

—No lo son.

—Y todo en favor y gloria del Sr. Moreau ¿con qué objeto?

—Con ninguno. Federico es un muchacho encantador. Le quiero mucho.

—Y yo también. Que venga. Vaya usted á buscarle.

Después de dos ó tres frases banales, empezó por desdeñar ligeramente á sus convidados, lo que equivalía á colocarle por encima de ellos. No dejó él de denigrar un poco á las demás mujeres, manera habil de dirigirla cumplimientos. Pero ella de cuándo en cuándo le abandonaba; como era noche de recepción, llegaban las señoras; después volvía á su sitio y la colocación enteramente fortuita de las sillas, permitía que no les oyeran.

Manifestóse ella jovial y seria, melancólica y razonable. Las preocupaciones del día le interesaban poco; existía un orden de sentimientos menos transitorios. Lamentábase de los poetas que desnaturalizan la verdad, luego alzaba los ojos al cielo, preguntándole el nombre de una estrella.

Habían puesto en los árboles dos ó tres faroles chinos; agitábalos el aire y rayos de colores se balanceaban sobre su blanco vestido. Estaba, como de costumbre, algo recostada en su butaca, con un taburete delante; veíase la punta de un zapato de raso negro, y la señora de Dambreuse, á intervalos decía una palabra más alta y á veces hasta se reía.



Aquellas coqueterías no afectaban á Martignon, ocupado de Cecilia, pero iban derechas á la pequeña Roque que hablaba con la señora de Arnoux. Era la única entre aquellas mujeres, cuyas maneras no le parecían desdeñosas. Había, pues, venido á sentarse á su lado; y cediendo á una necesidad de expansión, le dijo:

—¿No es verdad que habla bien Federico Moreau?

—¿Le conoce usted?

—Sí, mucho. Somos vecinos y jugaba conmigo cuando yo era pequeña.

La señora de Arnoux le dirigió una mirada sostenida, que significaba: «Supongo que no le amará usted.»

La de la joven contestaba sin turbación: «Sí.»

—¿Le verá usted entonces con frecuencia?

—¡Oh, no! solo cuando va á casa de su madre. Ya hace diez meses que no ha ido; y eso que había prometido ser más exacto.

—No hay que creer demasiado en las promesas de los hombres, hija mía.

—Pero á mí no me ha engañado.

—Como á otras.

Luisa se estremeció: ¿Le habría prometido, quizás, á ella algo? y su fisonomía se crispó de desconfianza y de odio.

La señora de Arnoux casi tuvo miedo; hu-

biera deseado recoger su frase. Después ambas se callaron.

Como Federico se hallaba en frente, en una silla de tijera, le contemplaban ellas, la una con decoro, con el rabillo del ojo, la otra francamente, con la boca abierta, tanto, que la señora de Dambreuse le dijo:

—Vuélvase usted para que ella le vea.

—¿Quién?

—Pues la hija del Sr. Roque.

Y bromeó acerca del amor de aquella joven provinciana; defendíase él procurando reirse.

—¿Pero lo cree usted? ¡Semejante fealdad!

Sin embargo, sentía un placer de inmensa vanidad. Recordaba la otra noche, aquella en que había salido con el corazón lleno de humillaciones; y respiraba ampliamente, viéndose en su verdadero centro, casi en sus dominios, como si todo aquello, incluso el hotel Dambreuse le perteneciera. Las señoras formaban semicírculo oyéndole, y para brillar, pronuncióse por el restablecimiento del divorcio, que debía facilitarse hasta poder separarse y reunirse, cuando se quisiera. Ellas hacían exclamaciones, otras cuchicheaban; se oían algunas voces en la sombra, al pié del muro, cubierto de aristoloquias; parecía aquello como una charla de pollas alegres; y seguía él desenvolviendo su teo-

ría, con ese aplomo que procura la conciencia del éxito. Un criado trajo al pabellón una bandeja con helados. Los señores se acercaron; hablaban de las detenciones.

Entonces, Federico se vengó del vizconde, haciéndole creer que quizás irían á perseguirle por legitimista. El otro objetaba que no había salido de su cuarto; su adversario acumulaba las circunstancias desfavorables; los mismos señores Dambreuse y de Grémonville se divertían.

Luego cumplieron á Federico, lamentándose de que no empleara sus facultades en defensa del orden, y le apretaron cordialmente la mano; podía en lo sucesivo contar con ellos.

Por fin, al marcharse todo el mundo, el vizconde se inclinó profundamente delante de Cecilia, diciendo:

—Señorita, tengo el honor de dar á usted las buenas noches.

Contestó ella secamente: «Buenas noches,» pero enviando una sonrisa á Martinon.

El tío Roque, para continuar su discusión con Arnoux, le ofreció acompañarle, como á la señora, puesto que su camino era el mismo. Luisa y Federico iban delante. Cogióle de su brazo, y cuando se encontró un poco lejos de los demás, le dijo:

—Por fin; ¡cuánto he sufrido durante toda la noche! ¡Qué malévolas son aquellas mujeres! ¡Qué aire más altanero!

Quiso él defenderlas.

—En primer lugar, podías muy bien hablarme, al entrar, después de un año de no vernos.

—No hace un año—dijo Federico contento de poder discutir aquel detalle para esquivar los demás.

—Sea. El tiempo me ha parecido largo; eso es todo. Pero, durante aquella abominable comida, parecía como que te daba vergüenza de mí. ¡Ah, comprendo que no tengo, como ellas, lo que se necesita para agradar!

—Te equivocas—dijo Federico.

--¿De veras? júrame que no amas á ninguna.

Juró.

—¿Y me amas á mí sola?

—¡Pardiez!

Aquella seguridad la puso alegre. Hubiera querido perderse en las calles, para pasearse juntos toda la noche.

—Me he sentido tan atormentada allá. ¡No se hablaba más que de barricadas! ¡Te veía caer de espaldas, cubierto de sangre! Tu madre estaba en cama con su reuma, y no sabía nada; era preciso callar; no podía ya contenerme y he arrastrado á Catalina.